



Una sociedad justa reacciona adecuadamente ante las exigencias de la dignidad inherente de sus miembros. La autoridad ha de velar para que ningún miembro de la sociedad humana vea sus derechos insatisfechos.

El artículo noveno de la *Carta de los Derechos de la Familia* presta atención a este cometido de la autoridad y enumera las contingencias que merecen una adecuada protección social y política: familias necesitadas, ancianos y familias de los presos y encarcelados. Se trata de realidades que justifican por ellas mismas una actividad del Estado que garantice la seguridad social de sus ciudadanos, estableciendo modos de gestión y redistribución de las riquezas. El gasto social es una exigencia de justicia necesaria para que los más débiles puedan vivir con dignidad y para que la propia sociedad sea justa.

Es necesario profundizar más en los lazos que nos unen como sociedad. Hay quienes pretenden la sociedad como resultado de una serie de contratos de negocios, de tal manera que lo único que une a las personas sería un mero interés individual y egoísta. Quienes así argumentan plantean un modo de vivir individualista, sin lazos humanos estables ni comprometidos, en el que sólo los fuertes e influyentes plantean sus preferencias y toman sus decisiones. Desde estos planteamientos las medidas de seguridad social sólo son cargas sociales, tareas que hay que soportar buscando reducirlas al máximo, para que afecten lo menos posible al lujo y hedonismo de los más poderosos.

Distintas ideologías se manifestaban hace años en contra de este modo de entender la sociedad. Planteaban alternativas de solidaridad. Pero lo hacían desde una falsa comprensión del ser humano; no eran capaces de alcanzar todo el misterio de la dignidad de su ser personal; además, como no eran sensibles para unir sus valores a su inefable condición de hijo de Dios, muchas de estas ideologías, se marchitaron, languidecieron, desaparecieron, o se sumaron al carro de un orden social sin amor, en el que se sueña con la utopía social de manera estética, con poemas y canciones, pero sin un compromiso real de transformar la sociedad desde dentro, desde la vivencia profunda de los valores de la solidaridad y la fraternidad, desde la recepción profunda de la Buena Noticia de Cristo.

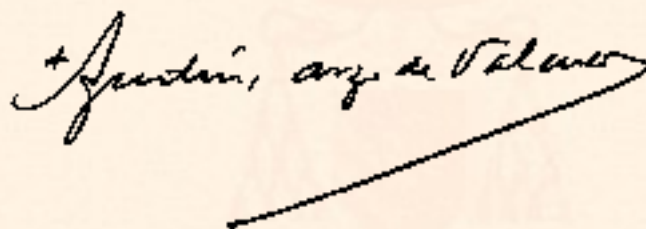
Por eso, ante la extensión cada vez más vertiginosa de un capitalismo salvaje que despoja al hombre de su solidaridad con los demás hombres, y ante el desierto de voces que planteen auténticos caminos alternativos, la Doctrina Social de la Iglesia no deja de clamar por

un orden social que defienda la vida humana en toda su integridad, en todas sus manifestaciones y en todas las personas. La escuela de cuidado mutuo que suponen el matrimonio y la familia es el más seguro fermento de solidaridad para nuestra sociedad. La capacidad de don y entrega mutua que el matrimonio genera entre los esposos y extiende a todos los miembros de la comunidad familiar es el auténtico modelo de unas relaciones sociales en el que el ser se encuentre sobre el tener.

Las medidas de seguridad social extienden la lógica del cuidado familiar a toda la sociedad. Por eso es necesario que se orienten a la ayuda directa de las familias «especialmente en caso de muerte prematura de uno o ambos padres, de abandono de uno de los cónyuges, de accidente, enfermedad o invalidez, en caso de desempleo o en cualquier caso en que la familia tenga que soportar cargas extraordinarias en favor de sus miembros por razones de ancianidad, impedimentos físicos o psíquicos o por la educación de los hijos». Igualmente, en las políticas penales deben tenerse presentes los derechos y necesidades de las familias de detenidos, pues las mejores energías de recuperación moral de quienes sufren condenas pasan por la fidelidad de sus familias en esos momentos, fidelidad que expresa la misericordia de Dios que no deja de buscar la oveja perdida.

Finalmente exige una mención especial el cuidado de los ancianos. Estos merecen — en la familia o en las instituciones adecuadas, cuando no es posible permanecer en aquélla— un ambiente de serenidad, actividad compatible con su edad, y participación en la vida social. La solidaridad de amor que la familia genera no se limita a la generación presente: hunde sus raíces en quienes nos precedieron y abre sus puertas con decisión a los que vendrán mañana. El arquetipo de toda política social bien organizada se encuentra en esa solidaridad de amor.

Con mi bendición y afecto,

A handwritten signature in black ink, reading "Agustín, arz. de Valencia". The signature is written in a cursive, flowing style. Below the signature, there is a long, thin, slightly curved horizontal line that extends to the right.